



SIMENON
STRIPTease

«La combinación cayó a los pies de la joven, que no llevaba encima otra cosa que su sujetador y su slip. Su piel desnuda, en contraste con el color rojo del cabaret, parecía casi tan blanca como la tiza. Aquel *strip-tease* en pleno día, entre los ruidos de la calle que entraban por la ventana, tomó un carácter clandestino que molestó a Célita.»

Primera parte

Capítulo primero

C élita fue la primera en ver la noticia.

A las tres de la tarde, como los otros días, había oído sonar el despertador de la mesita de noche que separaba las dos camas, y acurrucada, había dejado que Marie-Lou parara el despertador, que abriera las persianas, retirara las bragas de nylon y los sujetadores que se secaban en la ventana, y que por último encendiera el hornillo de la cocina para preparar el café.

Marie-Lou dormía desnuda y tenía la costumbre de pasearse por las tres diminutas habitaciones del apartamento, incluso cuando las ventanas estaban abiertas, sin pensar en echarse algo encima. Aquel día, en vez de sol, había nubes bajas y una luz apagada que anunciaban lluvia.

—¿No te levantas?

El día que habían decidido vivir juntas, por economía, habían convenido que prepararían un día cada una el desayuno, pero ante la inercia de Célita, Marie-Lou se había resignado a hacerlo casi cada día.

Al despertarse, la piel le brillaba, y puede ser que por eso pareciera más gorda, más vulgar, sobre todo con una luz que resaltaba las irregularidades de su piel, el matizado azul de la depilación de los sobacos, y un lunar marrón debajo del pecho izquierdo. Con el impudor de los gordos, ella no paraba de ir del comedor a la estrecha cama, sin preocuparse de que las personas de las ventanas de enfrente pudieran ver su torpe desnudez.

Aquel día, Célita se había contentado con una ducha rápida, y anudándose el cabello en una cola de caballo, se

había puesto con rapidez las prendas esparcidas por las sillas y el suelo.

—¿Sales?

—Tengo que ir a coser la falda roja. Un imbécil me la descosió ayer noche al cogerme de un tirón.

Lo que significaba que Marie-Lou tendría que hacer sola la limpieza, como antes había tenido por preparar sola el desayuno. Célita se había limitado a coger de la puerta el pan y la botella de leche.

Era muy extraño que la robusta joven se quejara, pero Célita en vez de estar agradecida, la despreciaba un poco; y una vez había dicho a Natacha:

—¡Aún conserva la manera de ser de una criada!

Realmente, Marie-Lou había sido criada durante tres años.

En las calles de Cannes, donde la gente vivía ya la segunda mitad de la jornada, Célita caminaba de prisa, con zapatos de bailarina, y un abrigo verdoso echado encima de los hombros.

Como tenía que comprar seda roja, dio un rodeo, y en la placita triangular, delante de la iglesia de Notre-Dame, un grupo de curiosos agrupados delante de una boda, la detuvo. Miró como los demás, incluso se puso de puntillas.

La novia llevaba un vestido blanco de cola y velo, y el marido, en chaqué, aguantaba en su mano un sombrero de copa como en las fotografías de las revistas.

De la penumbra de la iglesia el rumor del órgano, y de pronto, dos jovencitas se adelantaron para echar arroz a la pareja retenida por los fotógrafos en las escalinatas, mientras que unas mujeres se enternecían.

¿Se sintió de pronto diferente de los demás o solamente fue la sensación de malestar que le subió a la cabeza? Sus párpados, calientes, pestañearon y, en el mismo momento en que las imágenes se desdibujaban, reconoció al hombre de cabello gris que había visto dos o tres veces en el Monico, y al que nunca había dirigido la palabra. Ni si-

quiera sabía si era de la ciudad o era un turista; por su parte, él, sentado en la barra del bar, se había limitado a observarla.

Sin embargo, ella estaba segura de que la había reconocido, a pesar de ir despeinada y sin maquillaje, e incluso había visto en su rostro una emoción de la cual se sintió avergonzada.

Detestaba que la miraran de esta forma, con aire indulgente, como apiadado, y estuvo a punto de sacarle la lengua. Salió enfadada, empujando a los de su lado, que la siguieron con la mirada.

El Monico estaba sólo a doscientos metros, no lejos del puerto, en una calle estrecha llena de coches toda la jornada. La puerta estaba abierta y Célita la empujó y encontró a las dos mujeres de la limpieza, madame Blanc y la anciana madame Touzelli, que barrían las serpentinas y las pequeñas bolas multicolores en un ambiente todavía saturado de alcohol y champaña.

Encima de las banquetas granates destacaba la ventana, escondida por la noche por gruesas cortinas y ahora abierta; el cabaret, a la luz del día, parecía tan indecoroso como la desnudez de Marie-Lou al preparar el café en su apartamento.

A Célita le había extrañado al entrar no ver a monsieur Léon, el patrón, que tenía la costumbre de pasar la tarde en el Monico; cuando ella empujó la puerta de la parte trasera del local, vio la trampilla abierta al fondo del bar, lo que le hizo suponer que estaba ocupado abajo en el sótano.

Subió las escaleras de caracol, que tantas veces había subido y bajado en los últimos meses, y se encontró sola en la habitación, baja de techo, que servía de vestidor a las artistas.

Era raro que ella estuviera allí de día y que viera el patio, en donde un tonelero arreglaba sus toneles. Vestidos de todos los estilos y de todas clases colgaban de un listón

de madera. Ella descolgó su falda encarnada de bailarina española, retiró el abrigo de sus hombros, se sentó en un taburete y se puso a coser.

Sin darse cuenta empezó a pensar en Natacha y en los polvos de maquillaje americano que un oficial de la flota le había regalado. La caja, de calidad, estaba encima del tocador en el que cada una de las chicas ponía sus objetos personales. Célita abrió la ventana, vació su polvera sobre el patio, y la llenó hasta el borde con los polvos de Natacha.

Ella no se preguntaba si estaba triste o de mal humor, pero su rostro, mientras cosía, era tan tristón como el cielo. Sabía que esto volvía sus rasgos más afilados, los ojos más burlones, y que tenía el aspecto de un animal al que la tormenta pone nervioso y se prepara a arañar. Odiaba tanto coser como realizar las faenas de casa. ¡La verdad es que odiaba tantas cosas...!

Oyó ruido abajo, en el cuarto trasero, y vio el patrón y a Émile que subían de la bodega, con dos botellas de whisky cada uno en la mano.

—Las colocas en el armario —decía monsieur Léon.

Él ponía las suyas sobre la mesa y empujaba la puerta del bar, mientras Émile, al ver a Célita por el cristal, esbozaba una sonrisa de sorpresa y le hacía un guiño.

Célita sabía lo que ellos habían ido a hacer abajo: llenar las botellas de marca con whisky de contrabando. Esto no le concernía, pero no le hubiera disgustado que cogieran al patrón, pues detestaba a los tramposos. Si ella hacía trampas, era porque lo necesitaba, pero aun así lo detestaba.

¿Pero para qué pensar en esto? Ella acabó su trabajo, y cortó el hilo con los dientes. La falda que desde hacía tres años llevaba todas las noches estaba desgastada y no aguantaría ya mucho más. El color rojo, a la luz del día, quedaba apagado. Émile, abajo, le hacía unos signos que ella no comprendía, por lo que abrió un poco la puerta para preguntarle:

—¿Qué quieres?

Con un dedo en los labios, él la invitaba a bajar sin hacer ruido.

Tenía diecisiete años, pero al ser pequeño y delgado, aparentaba solamente quince, de modo que todo el mundo lo trataba como a un crío. Era él quien por la tarde ayudaba a monsieur Léon, hacía las compras e iba de coche en coche poniendo en los parabrisas propaganda del Monico.

Por la noche, y hasta las cuatro de la madrugada, metido en un uniforme demasiado grande para él, se apostaba en la acera delante del cabaret, abría las puertas de los coches y guiaba a los clientes.

Ahora se encontraba en la puerta, delante del ojo de buey, que colocado como tragaluz, permitía ver lo que ocurría en la sala.

Célita se había perdido el principio, no mucho, a juzgar por la conversación que oía. Las mujeres de la limpieza seguían con lo suyo. En medio del cabaret, iluminado por la cruda luz de la calle, estaba una jovencita, de pie y como intimidada, a quien hubiese sido más normal encontrar entre los curiosos que miraban la boda que allí.

Monsieur Léon, sin chaqueta, con las mangas de la camisa arremangadas, se apoyaba en el bar, y observaba a la recién llegada con mirada sostenida y dura.

—¿Quién te ha enviado?

—Nadie, señor; he venido por mí misma.

Émile dio un codazo a Célita, a quien había hecho sitio delante del tragaluz; sentía cierta turbación al notarla a su lado, contra él.

—Me acabas de decir que eres de Bergerac...

—Sí, señor.

—Es en Bergerac donde has oído hablar del Monico.

—No, no he venido de allí directamente...

La joven llevaba un vestido negro muy sencillo, un sombrero rojo y unos guantes de hilo blanco como los que se usan para ir a misa.

—Cuéntame.

—¿Contarle qué?

—Dónde has estado antes de venir a parar aquí.

—Primero fui a Toulouse, a un cabaret llamado Le Moulin Bleu...

—Lo conozco. ¿Trabajaste allí?

—No.

—¿Por qué?

Ella vaciló, enrojció y dio vueltas nerviosamente a su bolso de charol negro que parecía nuevo y que contrastaba con su vestido.

—No me aceptaron.

—¿Estás segura de que tienes diecinueve años?

—Le puede enseñar mi carnet de identidad.

Con nerviosismo y torpeza, abrió su bolso, al que no estaba acostumbrada, y tendió el carnet al patrón, quien lo leyó en voz baja.

—Maud Leroy, nacida el 13 de mayo...

—¡Ve como es cierto!

—Ya lo veo. ¿Y después de Toulouse?

—Cogí el tren para Marsella; allí trabajé una semana como camarera en un bar.

—¿Qué bar?

—Chez Freddy.

—¿Te acostaste con Freddy?

Nuevo codazo de Émile, pues M. Léon tenía cada vez más el aspecto de un enorme gato que juega con un ratón.

—¿Cómo lo sabe?

—Conozco a Freddy. ¿Y antes de eso?

—¿Qué quiere decir?

—¿Con cuántos hombres te habías acostado?

Parecía franca cuando respondió:

—Dos.

Célita se dio cuenta de que apretaba su pecho contra el hombro de Émile, pero no se apartó.

—¿Es Freddy quien te ha hablado de mí?

—No; es un cliente. Y como me fui de Bergerac para hacer *strip-tease*...

—¿Por qué?

Turbada por la pregunta, la chica no encontró ninguna respuesta.

—¿Crees que es fácil?

—Pienso que lo podré hacer.

—¿Cuándo llegaste a Cannes?

—Esta mañana, en el tren de la noche. Pasé por aquí antes, a las once, pero la puerta estaba cerrada. He cogido una habitación muy cerca de aquí, en el Hotel de la Poste.

—Quítate el vestido.

—¿Ahora?

Él se limitó a levantar los hombros y la recién llegada miró con inquietud a las dos mujeres de la limpieza, que parecían no preocuparse por ella.

—¿Qué esperas?

—Nada.

Finalmente, se decidió, poniendo primero su bolso sobre la mesa. Inició una tímida sonrisa, y con lentitud, mirando fijamente a monsieur Léon, se quitó su vestido negro, pasándolo por encima de su cabeza, como lo habría hecho en su habitación.

—Nunca por arriba, sino por abajo. Una mujer, con los brazos en alto y con la cabeza oculta bajo su vestido, no es elegante.

—No lo sabía.

—Lo sabrás.

—¿Es necesario que me quite también la combinación?

Émile, aprovechándose de la situación, se acerca más a Célita, como para ver mejor; ella finge no darse cuenta.

La combinación cayó a los pies de la joven, que no llevaba encima otra cosa que su sujetador y su slip. Su piel desnuda, en contraste con el color rojo del cabaret, parecía casi tan blanca como la tiza. Aquel *strip-tease* en pleno día,

entre los ruidos de la calle que entraban por la ventana, tomó un carácter clandestino que molestó a Célita.

—¿No te depilas los sobacos?

—¿Es necesario?

—¡Pardiez!

—Déjame ver el pecho.

Los pezones eran aún lisos, de un rosa claro. Acodado pesadamente en su bar, monsieur Léon tenía todo el aspecto de un traficante más que el de un espectador de *strip-tease*, por lo que Célita no pudo evitar el murmurar entre dientes:

—¡Cerdo!

De golpe, se separó un poco de Émile, quien, molesto, dejó también de mirar por el tragaluz.

—Puedes vestirme.

—¿No le ha gustado?

—Te digo que te vuelvas a vestir. ¿Has leído el anuncio que hay al lado de la puerta?

Ajustándose los tirantes de la combinación, asintió con la cabeza.

—Cada viernes tenemos, aparte del programa, un *strip-tease* de amateurs. Tú vendrás un poco antes de las diez, y te sentarás en esta mesa...

Le señaló una mesa del fondo, cerca de la orquesta.

—Te comportarás como una cliente y cuando el camelista te dirija la palabra, te levantarás como si dudaras. ¿Comprendido?

—¿Y después?

—No te impacientes. El resto me lo guardo. Si esto sale bien, te contrato.

Ya vestida, tenía más que nunca el aspecto de una joven cualquiera y resultaba difícil creer que acababa de desnudarse sin chistar.

—Se lo agradezco.

—De nada. ¡No más tarde de las diez!

—Sí.

—Sin falta.

—Sin falta.

En el momento en que ella entreabría la cortina de terciopelo para salir, la volvió a llamar, con dureza.

—¿Tienes algo de dinero?

Ella se volvió, enrojeciendo una vez más.

—No necesito nada.

—¿Cuánto dinero te queda?

—Doscientos francos.

—Toma esto como anticipo.

Le tendió un billete de quinientos francos que ella deslizó en su bolso.

Émile se retiraba ya sigilosamente. Célita subió la escalera de hierro para ir a buscar su bolso y cuando atravesó la sala, el patrón escuchaba los resultados de las carreras en un aparato de radio escondido en el mostrador.

—¿Dónde estabas tú?

—Arriba. He venido a coser mi falda española.

La miraba receloso, ya que ambos se conocían bien, y él estaba acostumbrado a sus mentiras.

—Esta noche habrá una nueva —le dijo, como para ponerla a prueba.

—Mejor, porque esto empezaba a ser monótono. ¿Bailarina?

—*Strip-tease*.

—¿La ha contratado madame Florence?

Era muy desagradable recordarle de esta manera que la verdadera patrona era su mujer, a la que todo el mundo llamaba madame Florence.

No respondió nada, pero a no ser por el bar que les separaba, quizá la hubiera abofeteado.

Ya había ocurrido alguna vez. Sin embargo, era incapaz de estar sin ella. ¿Es que por su parte Célita podía olvidarse de él fácilmente?

De momento, ella le quería y le detestaba, porque temblaba cada vez que él se presentaba con una chica nueva,

lo mismo que le sucedía a madame Florence.

Célita se fue sin decir adiós y volvió a hacer, en sentido inverso, el camino hasta la plaza del Commandant-Maria, donde vivía con Marie-Lou. Ésta, que había ordenado la habitación, estaba tendida sobre el canapé y se limaba las uñas.

—Esta noche hay una nueva.

—¿Quién?

—Nadie. Una muchacha que ha llegado esta mañana en el tren.

—Le pasará lo mismo que a las demás.

No era la primera, ni tampoco sería la última, que probaba suerte. Algunas no duraban más que una noche, y había incluso alguna que, presa de pánico en el momento de avanzar sobre la pista, había corrido a encerrarse en los camerinos.

La mayoría, al querer hacerlo mejor que las profesionales, se comportaban tan torpemente, y de una manera tan indecente, que el público se sentía incómodo. Dos o tres habían aguantado algunos días. Una chica italiana, al cabo de una semana, ya se había establecido, en un apartamento del Carlton.

—¿La has visto?

—Sí.

Después de un silencio, durante el cual Marie-Lou seguía limándose las uñas, la corpulenta joven murmuró:

—¿Eso es todo?

—¿Qué quieres decir?

—Me sorprende que no encuentres nada malo en ella.

—Gracias.

—De nada.

Ambas se conocían.

A las ocho y media se habían puesto ya el vestido de tanguistas que llevaban entre las actuaciones, y subidas en altos tacones, caminaban entre la muchedumbre, por delante de los escaparates iluminados. Para la mayoría de los

transeúntes, la jornada había terminado. Las parejas, la gente, entraban en los cines.

En casa Justin, el bar-restaurant de la plaza del mercado, encontraron a Natacha y a Ketty sentadas ya en la mesa, ellas también juntas por las mismas razones económicas.

—¡Spaghetti, Justin! —dijo Célita al pasar ante el mostrador de estaño.

Cenaban allí casi todas las noches y los clientes, la mayoría comerciantes del barrio, y en horas más tardías, los camioneros, carniceros y campesinos que traían sus legumbres en camionetas, todos las conocían.

Esta vez fue Marie-Lou quien dijo:

—Parece que hay una chica nueva.

Curiosamente, todas miran a Célita, como si fuera ella fatalmente quien estuviese al corriente.

—¿Qué tipo? —pregunta Natacha.

Y Célita con los labios apretados:

—El tipo preciso para quitarnos la plaza a una de nosotras.

—Ya veremos a cuál.

Empieza a llover y, por la estrecha acera, las chicas caminan de dos en dos, como colegialas, sobre el pavimento mojado, con la cabeza baja y en silencio. Cuando doblan la esquina, a las nueve y media, el rótulo del Monico aún no está iluminado. No obstante, un hombre ya de edad, con la cara pegada al cristal de la cartelera, mira las fotografías al resplandor de una farola.

Las cuatro mujeres estaban a unos treinta metros de él, cuando se iluminó de pronto el rótulo, al mismo tiempo que la cartelera con las fotos. El hombre, deslumbrado por la luz, sobresaltado, sorprendido y avergonzado, se alejó rápidamente.

—¿Has visto? —preguntó Marie-Lou.

—¿Y qué?

—Nada.

Émile apareció, con su uniforme galonado, para plantarse al borde de la acera. En el interior, madame Florence estaba ya en la caja, mientras que Ludo, el barman, ordenaba las botellas.

—Buenas noches, madame Florence...

—Buenas noches...

Desfilaban como en un convento delante de la madre superiora. Caminaban temerosas como colegialas. Los músicos afinaban los instrumentos.

—Marie-Lou.

—Sí, madame.

—¿Sus uñas?

Triunfante, Marie-Lou mostró sus manos recién arregladas, pues la víspera, madame Florence le había llamado la atención por llevar las uñas sucias.

—¿Y sus cabellos?

Era visible que estaban grasos, y observándolos de cerca se apreciaban películas de caspa.

—Hoy no he podido ir a la peluquería. Iré mañana.

—Sin falta.

Natacha y Kitty penetraron en la habitación del fondo, adonde igualmente Célita se dirigía, cuando madame Florence la llamó a ella también.

—Célita.

—Sí, madame Florence.

—¿Es cierto que esta tarde ha venido por aquí?

No era Émile quien se lo había dicho, pues Émile estaba loco por Célita y si, por la tarde, la había llamado, era más por sentirla cerca que por participar en el espectáculo. Monsieur Léon tampoco tenía interés en hablar, dadas las relaciones que había entre ellos. ¿Es que madame Florence había pasado por el Monico antes de que se marcharan las mujeres de la limpieza?

De todas maneras nada se le escapaba.

—Ayer me olvidé de coser mi falda, que un cliente estiró en el pasillo y me la descosió, y vine a coserla.